

El Comercio del Plata se publica en la imprenta que lleva su nombre, calle de la Victoria, N.º 87.—La suscripción es de treinta pesos por mes, pagando adelantado los suscriptores de afuera.—La reanudación se hará por la persona autorizada para ello y en la oficina del diario. En ella se reciben avisos hasta las 6 de la tarde del anterior, pagando 5 pesos por pasaporte de ocho líneas en castellano; por los que pasen de esa extensión, se cobrará un aumento módico.—El importe de los avisos se abonará precisamente al entregárselos.—En la sección—Publicaciones Solicitadas—se insertarán únicamente las que no infrinjan las disposiciones de la ley, guardando el precio público.—La redacción se reserva siempre el derecho de desear las que no juzgue deber admitir, y nunca es responsable de las opiniones emitidas en las que publique.—Estas inserciones se abonarán anticipadamente, según su extensión.—El diario se vende únicamente en su oficina.—Precios de los números sueltos, 3 pesos.

ALMANAQUE

Hoy 18—La Dedicación de la Basílica de los Santos Apóstoles san Pedro, san Pablo y san Máximo.

ESTERIOR.

España.

Hé aquí el artículo que publica el Times aprobando plenamente y en términos elogiosos para España, la actitud que esta ha tomado en la cuestión con Marruecos. "Es ciertamente un curioso suplemento a las complicaciones europeas en el siglo XIX, la expedición que una vez más medita la España contra el territorio de Marruecos. En esto, apenas de los rumores que parecen haber dado lugar a la noticia, ha tal vez poco que pueda interesar a los demás Estados de Europa; pero esta guerra, sin embargo, si llegase a tomar serias proporciones, añadirá un raro ejemplo más a las revoluciones del mundo. La mayor parte de los lectores sabrán que después que el glorioso imperio romano quedó estinguído por la barbarie, la civilización del África precedió a la de Europa, a excepción, sin embargo, de Constantinopla, ciudad, mas bien que estado, a la extremidad del territorio europeo. Apenas había gobierno alguno en esta parte del globo que pudiera decirse civilizado; en tanto que las costas de África, que forman las playas meridionales del Mediterráneo, estaban ocupadas por un pueblo que, bajo el vigoroso impulso de una nueva religión, amenazaba una conquista universal. Los moros, como se les llama en el día, eran mucho más ilustrados que los godos de España, ó que cualesquiera otros europeos en aquel período; y se dice que uno de sus jefes tuvo el proyecto de atravesar el estrecho de Gibraltar, recorrer la Europa de Occidente á Oriente, lanzarse en el Asia menor por el Bósforo, y finalmente, volver al África por la vía de Siria, en Egipto, después de un glorioso círculo de victorias. Este magnífico plan nunca se realizó; pero los ejércitos moriscos pasaron no solo el Estrecho, sino los Pirineos, llegando á penetrar hasta las llanuras de Turana; en ellas sufrieron un tremendo descalabro por la espada de los franceses; mas consiguieron establecerse por largo tiempo en las cercanías de las playas del golfo de Lyon, y lograron completamente la anexión de la España al África, convirtiéndola en un estado mahometano. Solo con mucha dificultad lograron mantenerse en los montes de Asturias los descendientes de los antiguos príncipes godos, y los que con ellos estaban en calidad de fugitivos; unos y otros aglutinándose progresivamente de aquel asilo, y en el transcurso de algu-

nas generaciones reconquistaron la península. La recuperación del país no se completó, sin embargo, hasta fines del siglo XV, y de hecho cuando los soldados de Fernando é Isabel lograron conquistar el último de los reinos mahometanos, los moros de África estaban tan establecidos en España como los normandos lo han estado en Inglaterra. Fue, pues, una consecuencia natural de estas transacciones, el que la conquista, habiendo tomado una nueva dirección, siguiese por ella hasta que los Españoles á su vez pasasen el Estrecho, y ejemplares represalias sobre los moros en el mismo territorio africano. Es un hecho notable, sin embargo, el que estas represalias no hayan tenido jamás buen éxito. Hasta que los franceses pusieron el pié en la Argelia, ningún moro europeo, ni aun el mismo Carlos V en toda la plenitud de su poder, pudo jamás completar conquista alguna de importancia en el principio de África. Fernando V, á principios del siglo XVI, anexionó á la España los distritos del Riff en la costa de Marruecos, que forman en el día el teatro de los disturbios; pero á excepción de estos, nada de importancia se efectuó jamás. Las dinastías moriscas eran débiles, y el pueblo apto solamente para la piratería, en tanto que los reinos peninsulares eran bastante fuertes para amenazar á toda la Europa, animados del espíritu de los cruzados; mas esto, no obstante, ninguna expedición contra África produjo jamás un resultado material. Carlos V se retiró de Argel poco satisfecho, y D. Sebastián de Portugal perdió su ejército y su vida en Marruecos. Otra de las cosas singulares en la materia de que nos ocupamos es que los reinos moriscos de África han poseído siempre el poder de la resistencia sin estar jamás animados con fuerzas para el progreso. El África, en tiempos remotos, había sido uno de los principales centros de civilización, y los moros españoles se hallaban tan avanzados respecto de los demás europeos, que les debemos en su mayor parte la instrucción científica de la edad media. Córdoba y Granada eran ciudades civilizadas, cuando Londres y París eran semi-barbáricas, y sin embargo, si exceptuamos la piratería, en nada se señalaban los moros de África. Cultivaban aquella profesión con desmedido celo, y después que la conquista del imperio griego por los turcos hubo dado un nuevo impulso al mahometismo, los moros vagabundos de Salé y de Argel fueron el terror de las costas inmediatas. En tierra, sin embargo, no solo no adelantaron, sino que perdieron su organización política, llegando, por último, al estado en que los vemos en el día.

Los moros de la costa del Riff, es decir, de la bahía inmediata adyacente al estrecho de Gibraltar, han incomodado últimamente á los buques europeos; entre ellos algunos ingleses han sufrido bastante; el pabellón prusiano ha sido ultrajado, y una ó dos veces se ha intentado castigarlos; por último, poseídos de un exceso de fanatismo ó audacia, unido á la general ferocidad de las tribus de la zona, han producido colisiones con los franceses, han levantado fuerzas terrestres y dado asaltos regulares á las guarniciones de las posesiones españolas que hemos mencionado. Dice que la queja dada por la España al emperador de Marruecos ha sido contestada por este soberano, recomendando al gobierno español que tome la justicia por su mano, y este, en consecuencia, se prepara á seguir el consejo. Nada tenemos que observar respecto de las bien merecidas represalias que puedan tomar los españoles; pero es interesante el observar las proporciones que se dan á la futura expedición y las ideas que parece haber surgido á la mente española. Notaremos, por el pronto, que la España parece reanimarse y tomar al fin la digna posición que reclama su nombre. Sus últimas guerras han sido civiles, y en ellas se ha derramado la sangre de hermanos; esto mismo hace que deba distinguirse por sus victorias sobre los infieles y la barbarie. La expedición, en consecuencia, se organiza con cierto carácter de cruzada, y se cree que después de haber castigado á los moros, los dominios de una corona cristiana puedan tal vez ensancharse á espensas de la media luna. Estas suposiciones adquieren fuerza por la extensión de los preparativos; está pronta una división de 12,000 hombres, y los seguirán otros 30,000, si fuese necesario. El servicio naval de la expedición está tan completamente organizado, que el primer envío de ejército, con todo su material, puede ser transportado de Europa á África en un solo día. La nueva artillería, tan ventajosamente ensayada en Lombardia se empleará contra los moros. No puede decirse que este aparato de fuerza no guarda proporción con los recursos de España. El Times añade que el tesoro español tiene fondos en abundancia, y termina con estas frases: "Es posible, ciertamente, que estos hechos sean exagerados; pero si España puede hacer entrar en orden á los piratas y restable-

cer la seguridad de esas inhospitables regiones, hará un buen servicio á la humanidad, y al mismo tiempo desplegará una vez más, delante de las tropas berberiscas, el famoso pendon de Castilla." Tenemos curiosos pormenores sobre los últimos actos del nuevo emperador de Marruecos. Si D. Muley Mahomed llegó el día 10 á Fez al frente de un cuerpo de tropas considerable. Dirigióse inmediatamente á la mezquita de Monley Bay para cumplir con sus deberes religiosos y recibir de manos del jefe de aquella iglesia el turbante verde que debe siempre usar el heredero de la dinastía de los scherif. Al día siguiente, habiendo sabido que uno de sus competidores había salido á campaña, marchó hacia el Sur del imperio y el 12 por la mañana tuvo lugar un encarnizado combate en que el emperador quedó victorioso. Su ejército constaba de unos cuarenta mil hombres. El príncipe tenía por adversario al hijo de Muley Soliman, pariente suyo que había conseguido atraerse numerosos partidarios y que esperaba poder ocupar la ciudad de Fez. El golpe recibido por el hijo de Muley Soliman, no es decisivo, y la guerra civil puede durar aun mucho tiempo; pero el emperador tiene por su parte todas las probabilidades y numerosos medios. Su ejército está bien organizado, y su tesoro bien provisto. Su adversario es un hombre sin talento, pero que se halla dirigido por un scherif tan audaz como enérgico. El nuevo emperador ha recorrido el imperio acompañado de 20 ó 25,000 caballos de jante alлегadiza y haciendo ejecuciones capitales en todos los puntos por donde transita. Hasta ahora ha hecho morir á cinco ó seis de los hombres mas notables del imperio que ha creído adversarios de su dinastía. En su escursion se hace preceder por las cabezas de los ejecutados clavadas en picas. El nuevo emperador, en una audiencia que tuvo con el cónsul general de Inglaterra en Marruecos, á quien recibió en Fez, declaró á este que le conocían mal los que creían que deseaba la guerra, y que por el contrario, estaba resuelto á vivir en paz con todas las potencias europeas, y que los sucesos que habían tenido lugar, tanto en las fronteras de Argel como en el Riff, eran independientes de su voluntad.

Italia. —El Monitor de Bolonia del 26 de Setiembre, publica el aviso siguiente que por vía de despedida dirige Garibaldi al pueblo de Ravenna: "O Av Italianos: "En Ravenna se reunen los hijos de la Italia que en los campos

de la Lombardía pusieron en fuga á los Austríacos y vengaron valerosamente largos años de insultos. Acudid aquí, pues, jóvenes que deseáis marchar por la senda de aquellos bravos, jurando todos conmigo que no depondréis las armas hasta después de haber asegurado nuestra independencia. Yo espero que los hombres de corazón no querrán dejarnos en corto número en la empresa que deberá decidir la suerte de nuestra noble patria. En Bolonia, en Ferrara, en Forlì, habrá oficiales delegados para reunir los voluntarios que estén mas al alcance de estas ciudades, á fin de dirigirlos en seguida á Ravenna, donde recibirá la organización definitiva. "Ravenna, 22 de setiembre de 1859. "Firmado: G. GARIBALDI. "MILAN 25.—El rei Victor Manuel recibió ayer á la comisión de los romanos, que fueron á comunicarle la declaración de la anexión de las legaciones al Piemonte. La respuesta del rei fué en sustancia la siguiente: "Como príncipe católico no fallaré jamás á la profunda reverencia debida al jefe de la iglesia; pero como príncipe italiano, no puedo ni debo olvidar que la Europa reclama en favor de la Romana reformas urgentes. Acogiendo con agradecimiento vuestros votos, yo sé intérprete de ellos ante el tribunal de las grandes potencias, y desde luego cuento para que sean atendidos con la justicia de la Europa y el apoyo del Emperador de los Franceses. La Europa comprenderá la urgente necesidad de cerrar la era de las revoluciones en Italia, otorgando á vuestros votos todas las satisfacciones posibles."

CONSISTORIO PONTIFICIO. Proclamación de prelados para Hispano-América. Segun leemos en el Diario de Roma del 26 de Setiembre, S. S. habia celebrado consistorio secreto aquella misma mañana en su palacio apostólico del Vaticano, en que, después de una alocución, propuso las iglesias siguientes: Metropolitana de Lima, para Monsiõr José Sebastian Goyeneche y Barreña, promovido de la sede episcopal de Arequipa. Metropolitana de Santiago de Cuba, para el R. D. Manuel Maria Negueruela, presbítero de la Diócesis de Calahorra, catedrático de moral en la universidad de Valladolid, canónigo penitenciario de su Santa Iglesia metropolitana y Dr. en teología. Catedral de Trujillo [Perú], para Monsiõr Francisco Orueta, trasladado de la iglesia episcopal de Egn, in partibus infidelium. Catedral de Arequipa [Perú], para el R. D. Bartolomé Herrera, presbítero de Lima, chantre del capitulo metropolitano, doctor in utroque jure, enviado extraor-

dinario y ministro plenipotenciario del Perú cerca de la Santa Sede. INGLATERRA. En el Instituto Científico de City-Road-Finsbury ha habido un meeting público para abolir la pena de palos y azotes que se aplica en el ejército y en la marina británica. M. Wakley la calificó como un sistema degradante, y dijo que le habia causado tristeza el leer el discurso del coronel North, en Bambury, á favor de una pena cruel y bárbara, que dice el es imposible suprimir. "Eso es, añadió M. Wakley, fanatismo militar, y nada mas, y el público tiene el deber de intervenir entre la autoridad y sus víctimas. Los soldados mercenarios alemanes é italianos, protegidos por príncipes reales, no han sido nunca azotados cuando estaban en el campo de Aldershot, sino que, por el contrario, eran tratados perfectamente." En seguida dijo M. Edwards: "El castigo de azotes no existe en el ejército ruso; es inferior al ruso? Los oficiales que en los banquetes públicos acostumbran á brindar en honor del ejército y de la marina, representan siempre al soldado ingles como un noble modelo de humanidad. Si esto es así, no es vergonzoso el azotarlo? No es esto un escándalo? El coronel North dice que es necesario, porque cada año desertan 13,000; pero este hecho prueba una sola cosa: ó que los soldados son una mala raza, ó que su suerte es pésima, detestable. Yo creo que sería inútil dirigir una petición al parlamento una memoria presentada á la Reina producirá mejor efecto, pues S. M. es la esposa del feld-marschal Príncipe Alberto (Grandes risotadas)."

Francia. Una correspondencia de París dirigida á El Norte de Bruselas contiene las siguientes noticias: "El príncipe de Metternich lleva á Biarritz, si no está mal informado, proposiciones que serian el contraste del despacho enviado por lord John Russel al gabinete de Viena en favor del principio de no intervención en los asuntos de Italia. El Austria se aviene á aceptar este principio, pero á condición de que sea aplicable al Piemonte, lo mismo que á otro cualquier estado extranjero, en el caso en que un ejército sardo quiera reealizar una tentativa de los príncipes italianos para restablecer su autoridad. Si el Piemonte interviniese, entonces el Austria usaría del mismo derecho y sus tropas pasarían el Mincio. Ignoro cuál será la respuesta del emperador de los franceses; pero no es dudoso que si los archiduques acatan al Gobierno actual en la Toscana y en Módena, el ejército piemontés no podrá, como sucedidos ahora por un golpe de ejército, tomar momentáneamente un ejército que la creó fatal." "¿Que tiene que ordenarme, madre Abadesa? —La he mandado llamar, hija mía, respondió Sor Angela con voz en extremo débil y temblorosa, para comunicarme una noticia que sea de su interés personal. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcelina, por lo que me tiene de dejar el velo de novicia. —Bien sea la señora Abadesa que nunca he sido novicia en este punto. —¿Cuántos años ha que aguarde con ansia no la negare, el día de mi profesión. —Pero creo no haber sido una persona á quien las visitas me han dado á quien las visitas me han dado. —De mis niñas, Inés. —¿Dijo Inés, madre mía?... ¡Oh! Ya era hora. —Eso lo hizo, hermana Marcel

ugar por otro brazo del mismo río más al norte, que conducía igualmente a Pekín. El Sr. Fricklin respondió que solo en Pekín podía tomar conocimiento de las propensiones que los dos mandarines tenían que hacerle.

Esta respuesta hizo recelar a los funcionarios chinos la inmensidad de una gran desgracia; por que sabían cuales eran las instrucciones dadas por el gobierno al mandarín de Ta-ki; y para prevenirlo en cuanto fuese posible, le despacharon un expreso con la noticia de lo que acababa de pasar. Infortunadamente este expreso llegó ya, estaba consumado el desastre de 25 de Junio.

Más feliz que el embajador inglés fué el de los Estados Unidos, porque se conformó en esta ocasión con lo que el derecho de gentes exige de su carácter oficial. Tomó conocimiento sin la menor resistencia de las instrucciones de los funcionarios chinos; y conformándose con ellas, llegó sin la menor dificultad a la capital del Imperio, donde en la última fecha que alcanza a 10 de Agosto, esperaba se le designase día para ser recibido por S. M. Celestial.

Ha aquí algunos detalles curiosos sobre el itinerario del embajador americano. Evitando el paso de Ta-Kit que los funcionarios chinos declaraban impedido, siguió el ministro americano el brazo del Pei-ho designado para su itinerario, y navegando aguas arriba, llegó con todo el personal de la legación a la ciudad de Ningho-fu. En este puerto, no pudiendo la corbeta americana ir más lejos todos los miembros de la legación acompañados por un mandarín, fueron metidos en una especie de cámara ambulante de cinco metros de largo sobre tres de ancho, ampliamente provista de todos los objetos necesarios a los viajeros, pero únicamente abierta por la parte superior, lo que hacía el país completamente inaccesible a la vista de los viajeros; y en ella, sobre una especie de yaganda, siguieron navegando, primero por el resto del río, después por el canal imperial, y de este modo llegaron a las puertas de la capital. Aquí en fin fué colocada la misma Cámara en un gran carro tirado por bueyes, que condujo a todo el personal de la legación a la aposentadura que le estaba preparada, edificio vasto y cómodo, pero sin comunicación con el exterior; y en ese edificio donde el ministro americano era muy bien tratado, pero sin permitirle con el exterior mas comunicación que la absolutamente necesaria para su correspondencia con el Consúl Fir, esperaba la designación del día de la audiencia Imperial.

(Continuara)

Negocios Europeos.

El paquete inglés *Oueda* de la línea de Southampton q' llegó al Janeiro el 5 de Noviembre con la mala de Londres hasta 10 de Octubre.

Corrieron mil rumores en los círculos políticos de Europa sobre la entrevista de Biarritz entre Napoleón III y el rei Leopoldo de Bélgica. Dijo primeramente que se había convenido en los círculos políticos de Europa sobre la entrevista de Biarritz entre Napoleón III y el rei Leopoldo de Bélgica. Dijo primeramente que se había convenido en los círculos políticos de Europa sobre la entrevista de Biarritz entre Napoleón III y el rei Leopoldo de Bélgica.

El plazo señalado para la satisfacción exigida por la España al Emperador de Marruecos finalizó el 6 de Octubre; pero el gobierno espera hasta el 15, y enseguida hará embarcar la tropa reunida en Algeciras.

Parece que los ingleses, reacios de que la Francia y la España proyecten la conquista de Marruecos, intentan obtener del gabinete de St. Idelfonso la promesa de no efectuar adquisición de nuevo territorio.

Los ingleses se esforzaban por inducir al emperador Sidi Mohamed a dar plena satisfacción a España; pero esta parece muy difícil, porque los moros del Rif, que España pretende sean castigados, están como independientes del Sultán. En Gibraltar había ocho navios de línea ingleses.

El 8 de Octubre fondearon en Algeciras cinco navios y dos fragatas francesas, mandadas por el vice almirante Komu Desfosges. También se esperaba una fuerza naval Rusa.

Negocios de China.

Es evidente que los Chinos han procedido sin la menor intención de faltar a lo que estipularon en Trentsin; y si fuere necesaria alguna prueba mas de esta verdad, se encontrará en el modo con que los prisioneros ingleses han sido tratados en Trentsin, que es con toda la humanidad posible, según confiesan los mismos ingleses; de manera que en todo cuanto pasó durante ese sangriento episodio de Tashí y después de él, los Chinos obraron como pueblo civilizado.

Fué en razon del conocimiento de todas estas verdades que el emperador Napoleón resolvió no subordinar de esta vez la acción de la Francia a la de la Inglaterra, como en 1858, y obrar de una manera enteramente independiente. Una expedición, a cuyos preparativos se está procediendo con grande actividad en Brest y en Tolon, será enviada al Pei-ho el mes entrante. La fuerza de esa expedición, que en ningún caso bajará de diez mil hombres de desembarco, y que podrá subir al doble, será, en todo caso bastante importante para poder hacer frente a todas las eventualidades, pero sin la menor idea de romper *absolutamente* hostilidades que motivos grandes no deban justificar.

Un embajador será enviado con esta ocasión al emperador de la China. Si este soberano lo aceptase como debe, y ejecutase lealmente las estipulaciones de Trentsin, está todo concluido; pero si los Chinos, como es muy de recelar, infatigados con la victoria de Tashí, se mostrasen insolentes, y se atreviesen a resistir, en tal caso romperán las hostilidades inmediatamente, y de esta vez no envainará la Francia la espada, sino después de firmada directamente por el emperador en persona, las condiciones de la paz en Pekin mismo.

Es en la prevision de que llegase a ser necesario llevar las cosas hasta ese punto extremo, que la fuerza de la expedición podrá tomar las proporciones que le indicamos, lo que aun no está decidido; pero en todo caso ha de ser reforzada en Shanghai con la expedición de Cochinchina, que partió para allí de regreso de Turana en 27 de Julio, después de firmado un tratado con el emperador de Annam.

Però no es esta cuestión de China, ni las diversas eventualidades que pueden nacer de ella, lo que mas inquieta en este momento el espíritu público con sentimientos siniestros—es la cuestión de Italia, en que las complicaciones se multiplican y las oscuridades se aumentan.

8 de noviembre.—Lord Cowley ha partido por fin para Paris, y en las partes de él el ministro prusiano, conde de Postels. Es evidente que allí se llaman negocios importantes.

El proyecto relativo a la constitución de una república independiente en el corazón de la Italia, parece haber tomado suficiente consistencia para que el rei de Cerdeña se vea en la necesidad de tomarlo en seria consideración.

Sobre esta cuestión ha tenido lugar una misteriosa conferencia en una pequeña aldea llamada Filigasse, situada entre los confines de la Toscana y de la Romagna. Ha transcurrido a esta reunión que los miembros convocados a ella concordaron en la conveniencia de fundir las cuatro provincias insurreccionadas en un solo Estado con un dictador.

La elección de ese dictador será dejada al rei de Cerdeña; pero si él, por exceso de timidez, no lo nombrase, en tal caso se reunirán las cuatro asambleas constituyentes, y lo nombrarán a pluralidad de votos. La opinión mas aceptada es que vendrá a ser 'en último resultado la resolución de la dificultad; y en consecuencia ya empiezan a sonar las rivalidades de los pretendientes. Ricaroli, como gobernador del Estado mas importante, parece designado naturalmente para ese cargo, pero ha de tener en el escelso cirujano Farini un concurrente temible. Infortunadamente para ellos, la voz general del partido es que solo un hombre de espada podrá ser idóneo para tan alto empleo, y unos opinan por Fanti y otros por Garibaldi.

El famoso *memorandum* que el rei de Cerdeña preparaba, ya fué enviado a todos los gabinetes de las grandes potencias de Europa, menos al Austria. Victor Manuel justifica en ese documento su ambición, procurando convencer a las grandes potencias de que la anexión a la Cerdeña de las legaciones y de los ducados es una de las necesidades del equilibrio europeo.

Para que ese equilibrio quede establecido de una manera sólida, dice él, la creación de una potencia fuerte en el centro de Italia, que pueda resistir al mismo tiempo a la prepotencia del Austria, y a algún Carlos VIII que por ventura surja en Francia, es de absoluta necesidad; y esa potencia fuerte solo puede ser el Piemonte. De aquí nace la conveniencia de la anexión a la Monarquía sarla de todas las provin-

cias sublevadas sin escepcion. El telegrafo nos ha comunicado la noticia de un atentado horrible cometido en las calles de Parma: es nada menos que el asesinato, con circunstancias atroces, del conde Anviti, ex-Consul de las tropas de Roma, siendo la cabeza de la víctima conducida triunfalmente por las calles de la ciudad al son de las vociferaciones del populacho, como en los mejores dias de la revolucion francesa.

P. N. Los periódicos de Turin anuncian que el principe de Carignano será nombrado dictador único de las cuatro provincias de que se compone la liga italiana. El Emperador hizo expedir al Consúl francés en Parma, inmediata órden de retirarse si el horrible asesinato del Coronel Zuviti no recibia pronto y ejemplar castigo.

VARIEDADES.

Ciencias, Artes e Industria.

Los *Cañones rayados*.—Leemos en un periódico francés: "Creemos satisfacer la legitima curiosidad de nuestros lectores diciéndoles una descripción que aun no hemos visto en ningún otro diario, acerca de los *cañones rayados* que tan gran papel han desempeñado en la guerra de Italia y especialmente en Solferino.

"Estos cañones son de bronce, mucho menores que los otros, y del calibre de 4. Tienen seis rayas inclinadas y muy marcadas, y para recibirse de la carga de pólvora una recámara estrecha semejante a la de la carabina. Delvigne, y aun a la de los antiguos obuses. El proyectil viene a apoyarse en el borde de la recámara; es de hierro lueco, y su forma cilindro-esférica, casi parecida a la de la bala de infantería, tiene como esta un canalito.

"La base cilindrica de la bala está taladrada en seis partes, y en estas partes taladradas hai medidos metros de estaño. Estos pernos son los que se enlazan forzando en las rayas por la expansión del gas y los que dan a la bala de cañón la misma precisión que a la de la carabina.

"El proyectil está a veces lleno de balas, y se le hace estallar a la distancia que se quiere. Con este objeto la mecha que está en comunicación en el interior del proyectil con las materias fulminantes lleva por fuera diversas señales que sirven para cortar, según la distancia a que se quiere hacer estallar la bala y lanzar la metralla, 400, 600 o mas metros. Elatacador está aludado en su base de modo que empuje en el cañón del proyectil como la lengua de las carabinas. Un alizador móvil está adaptado a la derecha del cañón. El rei parece ser muy cierto hasta 2,600 metros; su alcance total es de 4,500 metros.

"Estos cañones son lijeros y fáciles de manejar. En Italia se los veia necesariamente en todos los puntos del horizonte. En Montebello fueron trasladados a una altura que en otro tiempo hubiera parecido inaccesible para la artillería, desde la cual cañoneaban al enemigo hasta una distancia enorme. El progreso marcha rápidamente. Ya se habla de tres pruebas que dan un alcance de 6 a 7,000 metros.

"Parece que los famosos cañones ingleses Armstrong no son otra cosa que cañones rayados que se cargan por la culata."

EL CONDE WARMY.—Se lee en una carta dirigida de Londres al *Monitor de la Flota*: "La dificultad que hasta ahora ofrecía el convertir los cañones de fundición ordinaria en cañones que se cargan por la culata, acaba de ser resuelta por M. Warmy, el inventor del nuevo cañon de percusión, quien ha disparado veinte tiros por minuto en las últimas pruebas hechas en Charlham. Este éxito lo ha conseguido añadiendo una culata de hierro forjada a un cañon de bronce. La prueba se hizo con un cañon de fundición ordinaria que ha sido rayado, y a cual aplicó M. Warmy su procedimiento de cargarlo por la culata.

"Este cañon es además de percusión, como el que ha inventado. La culata está provista de una palanca fija en su estremidad, la cual hace correr la recámara, ceba la cazolleta y cierra la culata. Un esfuerzo muy débil basta para separar casi instantáneamente la culata de la otra porción del cañon; de modo que en caso de sorpresa por el enemigo, se pueden quitar las culatas de los cañones y dejarlos completamente fuera de servicio.

"En los ensayos hechos el miércoles último en Charlham para probar el cañon recientemente concluido, se ha adquirido la certeza de q' con una pequeña carga de pólvora el tiro puede alcanzar a 4,000 yards (3,685 metros), es decir a mas de dos millas, y que aumentando un poco, puede llegar a 5,000 yards (4,600 metros). El cañon arrojó una verdadera lluvia de balas, sobre diez por minuto, y el inventor se compromete a mantener la intensidad de este fuego todo el tiempo que duren las municiones, en razon a que la corriente de aire introducida a cada disparo en la culata impide que el cañon se caliente y se dilate.

"M. Warmy ha dicho que estaba a tomar todos los cañones de metal ordinario de fundición que hoy están en uso, y a convertirlos en cañones que se cargan por la culata, lo cual le permitiría, una vez que la pieza es-

tuviese rayada, tirar de 10 a 20 tiros por minuto a una distancia de lo menos 3 millas.

"Se van a aumentar considerablemente las fortificaciones del castillo de Dover. Los parapetos de la ciudadela serán elevados; se constituirá un nuevo almacén; se hará tambien un camino cubierto y una nueva via militar, y se ensancharán y profundizarán los fosos. 150,000 libras esterlinas se van a gastar para poner a Dover en estado de verdadera defensa."

La industria en Inglaterra.

Un periódico inglés, el *Economist*, refiriéndose a guarismos oficiales, acaba de publicar datos curiosos sobre el desarrollo extraordinario que ha obtenido la exportación de las sustancias para hilados en Inglaterra. Hé aquí los guarismos concernientes a cuatro artículos:

Artículo	1853	1858
Algodón	183,000,000 libras	300,000,000 libras
Lana	100,000,000 libras	150,000,000 libras
Seda	10,000,000 libras	15,000,000 libras
Cátano	1,000,000 libras	1,500,000 libras

Estos guarismos demuestran que las importaciones han triplicado de 1833 a 1858: la de la seda solo la duplicada, pero debe advertirse que las remesas de 1858 fueron muy inferiores a las de 1856 y 1857, que llegaron a 7,300,000 y 12,000,000 libras.

Únicamente el lino forma escepcion, pues por término medio solo se encuentra un aumento de 50 por ciento en 25 años. Atribuyese esta circunstancia a que la producción no ha aumentado en Europa, donde la cultura del lino es menos lucrativa que la de las otras semillas.

Lo contrario sucede en los otros artículos, pues para ellos se han explorado nuevos países de producción. Los Estados Unidos han dado mucha extensión al cultivo del algodón; el Cabo de Buena Esperanza y la Australia suministran hoy enormes cantidades de lana, y la India ha dado gran desarrollo a sus envios para Inglaterra, como lo demuestra el estajo siguiente:

Artículo	1853	1858
Algodón	32,000,000 libras	158,000,000 libras
Lana	17,000,000 libras	17,000,000 libras
Cátano	3,500,000 libras	84,000,000 libras

De menos de un millón, las remesas se dedican subido a mas de tres millones y medio. La India puede suministrar grandes cantidades de lino; este artículo que no ha figurado hasta ahora en la lista de su exportación a Inglaterra, está llamando la atención desde hace algún tiempo, y en breve representará indudablemente un papel importante.

La superioridad de la industria británica se demuestra en que la Inglaterra ha recibido en 1858: 445 millones de kilogramos de algodón, y la Francia solo 99 a 100 millones. Esta última se ha contentado el mismo año con unos 57,000 quintales de cañamo, mientras que aquella ha necesitado unos 810,000 quintales.

INTERIOR.

Documentos Oficiales.

A S. E. D. Felipe Lavallol, Gobernador del Estado de Buenos Aires. Exmo. Sr. Gobernador: Los abajo firmados miembros de la Comisión de Comerciantes y residentes Británicos, tenemos el honor de presentar a V. E. nuestras felicitaciones cordiales por la paz que acaba de poner término a una contienda, que presenciábamos con el mayor dolor.

La paz que V. E. ha firmado, nos parece hermosa y digna para todos; y en esto vemos la mejor garantía de su estabilidad. Nuestro voto es mas ardiente es que ella sea inalterable, y el principio de una era nueva de felicidad y union fraternal entre todos los hijos de la Nación Argentina.

No nos toca a los Extranjeros tomar parte en las ensenios políticas; pero no puede ser indiferente la ventura del país, cuya prosperidad se liga íntimamente con el adelanto de nuestros intereses y la tranquilidad de nuestros hogares.

Por eso, al presentar a V. E. nuestras felicitaciones en esta ocasión feliz, deseamos expresarle francamente que nos sentimos como en la realidad y firmeza con que V. E. sabrá conservar el pacto union destinado, en nuestra opinión, a poner un término definitivo a las discordias civiles.

Que Dios proteja e ilumine a V. E. en esta obra, es el voto mas ardiente de los Residentes Británicos, en cuyo nombre saludamos hoy a V. E. deseándole al mismo tiempo toda clase de dicha personal. Exmo. Sr.: Somos de V. E. atentos y obedientes servidores: Chas. B. Krabbie, presidente — Frederick Hughes — George Drabblé — Gmo. Graham — Juan Enrique Green — Juan P. Boyd.

Ministerio de Gobierno.

Buenos Aires Noviembre 16 de 1859. A los Sres. de la Comisión de Comerciantes y Residentes Británicos. S. E. el Sr. Gobernador ha recibido la atenta nota de vds., en que le presenta sus cordiales felicitaciones, por la paz que ha puesto término a las diferencias del Estado con la Confederación Argentina, y ha encargado al infrascripto manifieste a vds. que acepta y retribuye dichas felicitaciones, por un acontecimiento tan venturoso, que ha de producir inmensos bienes a la prosperi-

dad del País, y a su comercio interior y exterior.

Por lo demas, decidido S. E. el Sr. Gobernador a afianzar la Paz y el actual orden de cosas, cuenta para el efecto con los esfuerzos de todos los ciudadanos y con la cooperación moral de la recomendable población extranjera, y más especialmente con la del comercio y residentes británicos, que representa la Comisión a que el infrascripto tiene la satisfacción de dirigirse.

S. E. el Sr. Gobernador agradece debidamente los sentimientos con que la Comisión lo favorece en su citada nota, y el infrascripto aprovecha esta oportunidad, para ofrecer a los Sres. de la Comisión las seguridades de su consideración distinguida. CARLOS TELEORO.

Comercio del PLATA.

Sistemas y medios.

El Austria era la primera *divulgate* de la ópera italiana en Italia, antes de la última guerra, para que las naturalizadas entusiastas de los Italianos tuviesen de que ocuparse el corazón, la crítica y el tiempo: Luis Napoleón inventó la guerra de la Crimea y la guerra de la Italia, para que la naturalizada belicosa de los Franceses se ocupase de la gloria exterior y militar, mientras la Francia perdia sus libertades interiores y su brío poderoso.

Cada sistema tiene sus medios, como cada cosa tiene su nombre. Cierta política de Buenos Aires ha tenido tambien los suyos desde el 11 de setiembre de 1852 hasta el 11 de Noviembre de 1859.

Al lado de gobiernos liberales, se encontraba un círculo, que a fuerza de actividad, de *haber hacer*, de perseverancia, habia llegado a la altura del poder, sin en verdad, con apariencias tales que inducía al pueblo, que es débil y crédulo siempre, a que le despreciase, le obedeciese, y tal vez le creyese mas que al mismo gobernante. Ese círculo, poco numeroso en miembros, pero poderoso en medios, habiendo escalado las posiciones mas altas del Estado, y derramado sus influencias hasta los últimos resortes de la Administración, entendia no solo gobernar a nombre de la opinión pública, sino que tambien llegó a formular la pretension de ser consultado por el mismo gobernante. Para completar las ilusiones de óptica con que fasciaba al pueblo, le era necesaria la fanfarría, la pauletería, el tambor, la greña, todo lo que hacia Julia y estrépito, y de ahí el campaneo de la soberanía del pueblo, de la disciplina del partido, de la radicación de las instituciones en medio de la escitacion, y ese alarido inmenso que duró siete años día a día, sin un momento de reposo.

Cada época tiene su carácter, y cada carácter su lei. Hija de una revolución militar, la época posterior al 11 de Setiembre, debió ser rigorosamente inquieta y escepcional; por eso Buenos Aires ballaba y gritaba en sus calles, y en sus clubs, en sus teatros y hasta en el hogar tranquilo de la familia, sin recordar que a una línea de sus alegrías y de su entusiasmo, se hallaba el tiempo serio, austero y reflexivo. La lei del equilibrio obra despacio, pero obra siempre, y al fin se presentó la realidad con sus caracteres inmutables; es necesario darle su lugar, cada cosa tiene el suyo.

La paz de San José de Flores cerró la época de la política militante, y abrió la era de la política orgánica, tranquila, lata, sin fanfarrías y sin gritos, pero alta, imparcial, inteligente en su marcha y en sus combinaciones.

Si no se quiere comprender que la *indole* de la época y el carácter de sus necesidades son la elasticidad en los medios de acción, y completa independencia en los juicios, mañana se repetirán los mismos errores que se increpan a los que siguieron una política opuesta.

Si no se quiere comprender que no son las afecciones amistosas, las cualidades domésticas de los hombres, la representación financiera mas ó menos considerable, las que se tienen que buscar para llenar las necesidades de la época, mañana se habrá vuelto de nuevo a recorrer el círculo vicioso que se creia roto para siempre.

Si no se quiere comprender que el color político de la nueva administración no debe reflejar las viejas fantasías, ni las viejas escenas, ni las viejas afecciones, sino el bello y único color de la Union, el azul y blanco de la bandera de la patria, mañana será confundido con la ensaña de los círculos y por consiguiente del egoismo.

Si no se quiere comprender que la política actual no debe ser neciositaria, sino creadora e independiente en sus apreciaciones, aceptando lo bueno de lo que encuentra, y condenando lo malo aunque sea con las lágrimas en el corazón, mañana se caerá en el mismo sendero que se ha recorrido cuarenta años.

Si no se comprende que la política oportuna no debe reflejar la personalidad, sino la individualidad social, mañana vendrá la lucha de los círculos, de los talleres, de los intereses egoistas, y

el descontento público será el agente de nuevos disgustos y acaso de nuevos trastornos. M. C.

Competentes.

Dentro de quince dias el país tiene que ser convocado para elegir los Diputados que han de componer la Convención provincial que examinará la Constitución de Mayo, según lo estipulado en el art. 2.º del Convenio de San José de Flores.

Esta elección no tiene un carácter político rigorosamente, ni afectará el interés de los partidos, sino el interés supremo del país, porque los electos no van a tratar sino del examen de la lei fundamental que ha de garantizar en adelante los derechos de Buenos Aires, en armonia con los derechos y deberes de la Confederación.

Conviene pues que el pueblo empiece a comprender que su elección no será acertada, si no se fija en personas de idoneidad reconocida, de inteligencia probada en la materia, de caracteres independientes, sea cual fuese el color político a que pertenecieran, y en hombres que no lleven la pasividad o el entusiasmo ciego de negocios que solo deben figurar la prevision, la ciencia y el cálculo tranquilo.

El art. 2.º del Convenio no ha fijado el número de miembros de que deba componerse la Convención provincial, y esto hace suponer que al Gobierno de Buenos Aires le compete la fijación de ese número, antes de la elección. No creemos que la forma en que debe practicarse, determinada en el art. 3.º, quiera decir que deban elegirse igual número de diputados y senadores que los que componen nuestras Cámaras legislativas, porque esto seria un verdadero inconveniente para la rapidez del examen de la Constitución de Mayo, que por ahora es el preliminar que tiene al país en una situación escepcional.

En la exaltacion en que ha vivido Buenos Aires durante siete años por esa lucha de intereses que se chocaban, todas sus elecciones populares han sido tumultuosas, y por lo tanto mas ó menos libres y perfectas; pero esa exaltacion, ese conato de triunfo a favor de tales ó tales personas, no tienen para que figurar en la votación actual, como no deberían figurar en la elección de nuestros para una universidad ó para las escuelas.

No siendo competentes para el trabajo tranquilo y concienzudo del examen de la Constitución general, sino los hombres tranquilos, capaces y concienzudos, al pueblo le toca elegir con independencia, sin pasión y sin precipitación, para que sus electos respondan a la naturaleza del trabajo que se les confia. M. C.

Pacto de familia. No hai en política, como en las relaciones privadas camino mas seguro que el de la probidad. Si es un axioma de la jurisprudencia que los contratos deben cumplirse, la infracción de ese precepto eterno de la moral acreca siempre peligros y des crédito, y algunas veces los estragos de la guerra exterior ó doméstica.

Firmado el pacto de la nacionalidad argentina, las esperanzas mas halagüeñas y los votos mas injeniosos saludan la union de la grande familia. Nadie ha triunfado, sino la razon y la concordia, y al pie de ese pabellon precioso se agrupan los hombres de corazón, y la inmensa mayoría de los extranjeros.

Un gobierno, presidido por un varon respetable y simpático, y en que figuran dos de los negociadores ofrece una sólida prenda del cumplimiento de esa convencion fraternal. Las clases laboriosas, las familias libres ya de una amarga zozobra se entregan a una alegre confianza que inspira la seguridad de disfrutar días serenos.

Lijenas nubes empezaron a turbar el horizonte; pero el buen sentido de los ciudadanos, y el celo laudable del gobierno restablecieron la confianza. Ciertamente no es fácil ni posible extinguir de repente en el fondo de la inteligencia ó del corazón las preocupaciones ó las pasiones que por mucho tiempo los han agitado; pero contra esa tendencia acrecha de ciertos caracteres, contra la tenacidad de recuerdos infatuos, está el imperio tranquilo de la lei igual para todos, por que no reconoce las escepciones inventadas por la fantasía ó el odio de partido, con vilipendio de la justicia.

La conocida circunspeccion del gobierno, entolida de un nuevo vínculo de amistad y de alianza con nuestros hermanos, tranquiliza al pueblo que miraria con pesadumbre, y con indignacion todo sintoma de trastorno. Pero el gobierno mismo necesita delegar su acción en aquellos que han recibido el encargo de la fuerza pública para mantener inalterable el orden. El ilustrado general Mitre y los jefes escuadrados todavía en un servicio activo conocen bien cuales son los importantes deberes, y la severa responsabilidad que la patria les ha impuesto. No se trata ya de laureles recogidos en la sangre y en el polvo de muchas batallas. En corona quemada fre-

temente de salvar los principios fundamentales de la revolucion de Mayo, que nadie osa poner en duda, ni atacar. El fin unico es cumplir con entera abnegacion, y con perfecta buena fé las estipulaciones de un pacto que reconstruye la nacion, antes mutilada por nuestros desastros; que abre un campo inmenso al engrandecimiento de toda la República, y especialmente de este pueblo de nuestra predileccion; que salva todas las prerrogativas de su soberanía política, y que reconstruye todo el vigor del Estado, alzando su fama exterior, y dando a su prosperidad la sombra de una bandera y de una gloria inmarcesible.

Pasó la época de forjarse el fantasma de esos candillos semejantes a los caballeros colosales de mirada de fuego, y de resplandeciente armadura, en el poema de Ariosto, ó el forro Argante pintado por el Tasso. Esos señores siniestros se disipan ante la victoria de la paz, que annula las victorias en ruinas del entendimiento, y los opiosos donas de la naturaleza.

La misión de los militares tal cual la han desempeñado hasta aquí parece terminada; y sino prefiriesen dormir bajo los olivos y las palmas, se ofrece a su actividad un teatro mas digno de su bizarría y de su patriotismo. La ambición, el despecho, los rencores pueden todavía conspirar mas ó menos abiertamente. Entonces la espada debe ponerse al servicio de la mujer, para defender los intereses, las garantías y la dignidad de sus conciudadanos. Que la violencia no manche jamás su valor; que la subordinacion sea el nervio del gobierno, y la columna de la sociedad. Que los guerreros adquieran hábitos mas conciliabales con la tendencia actual del espíritu público, ansioso de quietud; y que la profesion del honor, ó de los sentimientos elevados, no olvide un momento que la desobediencia a las leyes, y la deslealtad a los pactos solo producen la ruina y el oprobio.

China. Tenemos a la vista diarios de Hongkong, fecha 21 de Julio. En esa fecha se avisaba que los Plenipotenciarios Inglés, Francés y Norte-americano habian salido de Shanghai, acompañados por una numerosa fuerza británica, a fin de obtener audiencia del Emperador, y canjear los tratados ratificados.

El diario habla tambien de haberse forzado el paso de los fuertes que el Almirante Seymour habia demolido el año anterior, y que fueron reconstruidos después por los Chinos. Trabajo un combate, porque los fuertes estaban coronados de cañones de manera que de los diez buques empujados en él cuatro fueron echados a pique y dos abandonados. La fuerza europea que atacó los fuertes sufrió enormemente. La pérdida a bordo, y en tierra, en muertos y heridos, sube a 464 ingleses y 14 franceses. Dos ó tres buques de guerra quedaron bloqueando a Peiho.

Los ministros inglés y francés volvieron a Shanghai. Pero se asegura en los altos círculos que el emperador mandó expresar su pesar por este suceso, y declarar que el hecho no era aprobado por él; que habia sido perpetrado por el pueblo, y que los jefes habian decaído.

El ministro de Estados Unidos permanece en el Norte. Se esperaba que su misión acabaria satisfactoriamente, y aun se juzgaba que serviria como mediador. La escuadra inglesa se reuna cerca de Nenyop. De todos modos el efecto del desgraciado combate del que se ha hecho mención, aunque haya ocurrido por causas ajenas a la voluntad del gobierno imperial, ha creado una disposicion recíproca de desconfianza, cuyo alcance no es fácil calcular, y cuyo resultado inmediato se ha sentido en las alteraciones al comercio extranjero.

Turquía.

Peligro corrido por el sultán en el Euzero. De un diario francés traducimos lo siguiente: "Constantinopla ha sido el 3 de setiembre vivamente impresionada por un acontecimiento, quizá muy natural, pero que parecia haber extraordinario, en razon sin duda de los temores que inspiran en estos momentos revelaciones alarmantes. En ese día el sultán, legando de su palacio de *Dulno Balék*, atravesaba el puerto en su gran cañon de veinte y cuatro remos para ir a atracar a la punta del serrallo. Un vapor de remolque con bandera inglesa, llamado *7 General Palmer*, salia del puerto en ese momento a todo andar, e iba a dar en el medio de la embarcacion imperial, cuando por una pronta maniobra los *Cuigjia* lograron esquivar el choque. Pero el remolcador pareció que cambió su rumbo, como proce-

